

Joaquín Jareño Alarcón: *RELIGIÓN Y RELATIVISMO EN L. WITTGENSTEIN*¹

Paco Fernández.

¿Otro libro sobre Wittgenstein? Sí, pero no otro libro *más* sobre el pensador vienés. Al menos, esa es la conclusión a la que se llega tras recorrer sus páginas con la cautela que exige un estudio sobre un filósofo que tantos comentarios e interpretaciones ha suscitado a lo largo de la historia.

En *Religión y relativismo en Wittgenstein*, Joaquín Jareño se plantea desde el inicio la tarea de desmontar la interpretación relativista del lenguaje religioso inspirada en una peculiar interpretación de los conceptos clave de las *Investigaciones filosóficas*. Para ello no va a utilizar instrumentos teóricos diferentes a los de sus hermenéuticos adversarios, más bien todo lo contrario. A la lectura rigurosa y sistemática de los textos -los mismos en los que se apoyan los defensores del relativismo- Joaquín Jareño añade un excelente análisis de la *actitud* de Wittgenstein hacia la religión.

En el capítulo I, “La actitud de Wittgenstein hacia la religión”, Jareño pone especial énfasis en mostrar el profundo respeto que Wittgenstein manifestó a lo largo de toda su vida por la religión; sentimiento derivado de su preocupación ética por el sentido de la vida. Esto le permite caracterizar su actitud como la de un individuo “religioso no creyente”. Expresión de cuya ambigüedad el autor del texto que presentamos es plenamente consciente. La lectura de pensadores tales como William James, Tolstoi, Kierkegaard y Schopenhauer, unida a la experiencia personal del filósofo vienés, fueron configurando una actitud mística derivada de sus constantes inquietudes acerca del sentido de la existencia y que podría resumirse en las expresiones “Vida feliz” y “Vida en el espíritu”. Actitud que, a juicio del autor, no sufrió cambios a lo largo de su vida pues “*Las modificaciones aparentes de sus comentarios tienen únicamente que ver con la vigencia del modelo de relación entre lenguaje y realidad que sostuvo en las diferentes etapas de su pensamiento filosófico.*” (p. 27). Lo que si observa Jareño es que del *Tractatus* a las *Investigaciones filosóficas* se produce una variación significativa que va de una posición anti-intelectualista, en lo referente a la religión, a la posibilidad de mostrar la relevancia y valor del lenguaje religioso en tanto práctica humana. Esto significaba mostrar, por una parte, su peculiar singularidad dentro del conjunto, nunca saturado, de juegos de lenguaje y, por otra, exponer su relación con otros discursos y prácticas. Pues, como señala Jareño, refiriéndose a la ciencia y a la religión, no se trata de racionalidades diferentes ni de juegos de lenguaje inconmensurables, sino más bien de dos perspectivas “*que no suponen dos prácticas mutuamente ausentes o excluyentes.*” (p. 85). Ambas perspectivas configuran juegos de lenguaje que remiten a una misma forma de vida humana, aunque multiforme y polimórfica.

En el capítulo II, “*El relativismo derivado de Wittgenstein: el fideísmo wittgensteniano (polémica de Kai Nielsen)*”, Joaquín Jareño describe y analiza rigurosamente las posiciones de los fideístas wittgenstenianos (D. Z. Phillips, D. Hudson, P. Winch) y de su crítico más relevante, Kai Nielsen, a fin de situar las coordenadas que hagan posible una mejor definición y comprensión tanto de la

¹ A propósito de Joaquín Jareño Alarcón, *Religión y relativismo en L. Wittgenstein*. Prólogo de Isidoro Reguera. Ariel Filosofía, Barcelona 2001.

propuesta relativista como de su singular caracterización del lenguaje religioso. La expresión “fideísmo wittgensteniano” fue acuñada por el propio Nielsen para identificar las interpretaciones relativistas de los textos de Wittgenstein. Dichas interpretaciones se caracterizan por entender que el lenguaje religioso constituye un juego de lenguaje cerrado que sólo puede ser entendido desde dentro al establecer sus propios criterios de coherencia, inteligibilidad, referencialidad y racionalidad; criterios o conceptos generales cuyo significado exacto sólo puede ser determinado en el contexto de un determinada forma de vida, la cual constituye “lo dado” y, por tanto, lo inmune a consideraciones críticas. Así pues, cualquier crítica exterior a dicho lenguaje está condenada al fracaso por la inconmensurabilidad y la compartimentación a la que se ven sometidos los diferentes juegos de lenguaje o modos de discurso.

En un debate que se prolonga aún en la actualidad, Kai Nielsen ha intentado responder a las diferentes matizaciones que han ido introduciendo los defensores del fideísmo. En su opinión, las conclusiones fideístas son absurdas y obedecen a una interpretación arbitraria y sesgada de lo que Wittgenstein realmente dijo. Para Nielsen, La creencia religiosa es perfectamente criticable tanto desde dentro como desde fuera; es posible hablar de la coherencia y la racionalidad de las formas de vida que dan pie a la elaboración y justificación de la misma, pues en definitiva los distintos discursos o juegos de lenguaje son parte de la misma estructura conceptual global. Y en función de un modelo común de racionalidad concluye que el lenguaje religioso es singular y característico, pero su peculiaridad está íntimamente vinculada a lo paradójico y ambiguo de sus términos, cuyo potencial significativo sólo produce incoherencia, ilusión y ausencia de verdad. Sus enunciados no encuentran ningún tipo de justificación, y cualquier intento de hallarla no genera más que contradicciones.

Dicho lo anterior, queda claro que aquí de lo que se trata es, como señala Jareño, de desentrañar el nudo de relaciones que se establecen entre “*forma de vida*” y “*juego de lenguaje*”, o entre creencias y modo de vida, a fin de establecer -y aquí muestra el autor su acuerdo con ciertos rasgos de las afirmaciones fideístas- que “*Lo que importa en el caso de la religión es ver cómo la creencia regula las vidas de las personas, de modo que no se trata, para el creyente, de una hipótesis contrastable.*” (p. 116). Pero, aquí se acaba la filiación fideísta de Jareño y comienza una investigación que asume la crítica de Nielsen pero no sus conclusiones acerca del carácter de los enunciados del lenguaje religioso. En su intento de desmontar el “exceso relativista” del fideísmo, emprenderá la tarea de revisar los textos de Wittgenstein para mostrar que:

a. Fideístas y antifideístas configuran perspectivas demasiado radicales como para encontrar justificación en la obra de Wittgenstein.

b. Las creencias religiosas no se encuentran absolutamente aisladas del exterior y la mejor manera de entenderlas es teniendo en cuenta los modos de vida con los que se relacionan.

c. Existe una cierta vinculación entre el discurso religioso y otros discursos derivada de la compleja y profusa interrelación de los diferentes juegos de lenguaje. Así pues, “*la inteligibilidad...del juego de lenguaje religioso puede ser comprendida desde fuera, pero no compartida su significación, y, en este sentido, no se jugaría a dicho juego; aunque sí muchos otros que tienen que ver con él.*” (p. 129).

En los capítulos siguientes, Jareño procede al análisis crítico de los conceptos fundamentales que impregnan la obra del Segundo Wittgenstein, con el objetivo de construir la base desde la cual superar los prejuicios relativistas derivados del fideísmo. El primer elemento, considerado fundamental por el autor para cualquier planteamiento que pretenda inspirarse en Wittgenstein, es el de *forma de vida*, y ello viene dado por el

papel que juega dicho concepto en la consolidación del significado de los conceptos en relación con la acción. En ella se expresa la gramática profunda del lenguaje y las condiciones que hacen posible todo significado de cualquier enunciado, es decir, procura los criterios que nos permiten reconocernos como humanos a través de un conjunto de actividades que nos son propias y que configuran el carácter universal de la condición humana. Pero, para entender el significado de las acciones humanas en tanto expresión de las necesidades de los individuos es necesaria una reflexión sobre la formación y el uso de los conceptos (capítulo 4). Este capítulo concluye afirmando que la pretensión de compartimentar el conocimiento y el significado de los diversos usos culturales de las palabras tiene un límite: la forma de vida humana o racional, fundamento y justificación de la comunicabilidad entre diferentes juegos de lenguaje, con independencia de la variabilidad del uso de los conceptos. Ahora bien, una forma de vida viene determinada por un conjunto de certezas básicas, no susceptibles de verificación ni de duda, las cuales configuran una imagen del mundo y se constituyen como principios regulativos de la acción, de toda acción, pues *“Las proposiciones que podemos llamar fundamentales están implicadas en todo lo que decimos...”* (p. 172). ¿Sería este el lugar idóneo para justificar la hipótesis relativista basada en la inconmensurabilidad de las diferentes imágenes del mundo? Jareño apela aquí a la existencia de una pragmática universal basada en la existencia de una “gramática esencial” que genera una forma de vida humana compartida por todos los individuos, y a la cual queda intrínsecamente ligado el significado, de tal modo que dicha gramática delimita las posibilidades de uso de los términos. Esta gramática común, esta *“condición de lo humano”* (p. 181), esta *“identidad racional”* (p. 183), este conjunto de certezas *“más básicas”* (p. 183), establece los diferentes modos que puede adoptar una *“descripción inteligible de la realidad”* y permite la comunicación entre imágenes del mundo diferentes o entre juegos de lenguaje diferentes. Así lo señala Jareño cuando apunta: *“...si hay algún punto común que recorra determinadas...imágenes del mundo, podemos encontrar la similitud que nos permita comprenderlas, aunque sea parcialmente....Tal similitud debe manifestarse en el funcionamiento de los juegos del lenguaje...Es decir, no existe distancia tal en la que de ninguna forma podamos reconocernos con otros individuos que compartan una imagen diferente...”* (p. 184). Y más adelante: *“...entender un juego de lenguaje ajeno a nuestros usos habituales sólo es posible si hay algún parecido entre ambos, y esto se da en la medida en que compartimos alguna de las certezas citadas.”* (p. 187). No es necesario pues compartir creencias para que el acto comunicativo sea efectivo, lo que realmente importa es que dichas creencias sean inteligibles, porque esto revelaría que se comparte algún tipo de supuesto: aquel del que emanan las acciones de los individuos que formarían parte de la *condición humana*.

Jareño apela a los “parecidos de familia” para justificar la diseminación de los conceptos en juegos de lenguaje diferentes e incluso aparentemente incompatibles, como sería el caso del lenguaje religioso y del lenguaje científico. Sin embargo, insiste en afirmar que no se trata de racionalidades diferentes, ni de realidades distintas aquellas a las que se refieren dichos juegos de lenguaje, porque *“...no estamos hablando de mundos diferentes, sino de diferentes maneras de ver el mundo.”* (p. 193). La posibilidad de comunicación entre las perspectivas se sustenta sobre la base de un hecho empírico constatado: la multiplicidad e interrelación de los juegos de lenguaje, su carácter incompleto y su continua “fluidez significativa” que refleja el devenir continuo de la vida, de las formas de vida y de las imágenes del mundo.

En el capítulo VII, Jareño expone las conclusiones de su trabajo, las cuales podríamos sintetizar del siguiente modo: 1. La obra de Wittgenstein no puede justificar ningún tipo de relativismo; 2. La autonomía de los discursos en general, y del religioso en particular no implica inconmensurabilidad, pues los diferentes juegos de lenguaje comparten conceptos o usos de términos que presentan un cierto parecido o “aire de familia”; 3. La religión no es una forma de vida sino que incluye formas de vida en el marco de una “forma de vida humana o racional” o en palabras de Wittgenstein “conducta común de la humanidad”. 4. La forma de vida humana posee la polivalencia suficiente para admitir usos distintos de una misma racionalidad en función de los intereses humanos y de una determinada “actitud” ante la vida o el sentido de la misma. 5. Creyentes y no creyentes comparten ciertos elementos que transitan las diferentes imágenes del mundo. 6. El compromiso de la religión con la realidad es existencial, no revela ningún pronunciamiento sobre las verdades de hecho.

Así pues, *Religión y relativismo en Wittgenstein* muestra que la investigación filosófica es una sutil mezcla de razón y sentimiento, de hermenéutica y pasión, pues tras recorrer las páginas de este texto no se puede sino afirmar aquello que Balthazar dice al narrador del *Cuarteto de Alejandría* a propósito de Pussewarden: “*Quizá no baste respetar el genio de un hombre; hay que tenerle cierto afecto, ¿no le parece?*”. Lo cual nos produce la indudable y grata impresión de que este libro es el fruto de la admiración y la devoción del autor por el célebre pensador vienés. Sentimientos que unidos a la honestidad intelectual y al rigor analítico de Joaquín Jareño constituyen una invitación a transitar sus páginas y a pensar críticamente sus propuestas. Con ello estaríamos manifestando la humana necesidad existencial de aclararnos u orientarnos tanto en la vida como en el pensamiento.